

Luces contra... ¿quién?

«Luces contra el hampa» es una organización que se ha presentado a la opinión pública bajo la forma de asociación civil sin fines de lucro ni afiliación política. Según sus dirigentes, la misma está integrada por miembros de todos los sectores de la sociedad venezolana interesados en buscar soluciones ante el grave problema de la inseguridad personal en las grandes ciudades del país. También afirman sus voceros que esta iniciativa surgió después que el Ministro de Relaciones Interiores convocó a todos los sectores de la sociedad civil a participar activamente en la búsqueda de soluciones al problema de la inseguridad personal. El pasado martes 31 de mayo, esta organización promovió una gran movilización en la ciudad de Caracas desde la 6:30 de la mañana hasta el mediodía. Se pedía a todos los caraqueños que vistieran de color amarillo y mantuvieran encendidas las luces intermitentes de los vehículos. De acuerdo a los medios de comunicación la movilización contó con buen respaldo de parte de la ciudadanía.

A los pocos días, la organización entregó formalmente al Congreso Nacional un plan llamado «Mano dura contra el hampa». El plan ofrece una serie de medidas tendientes a convertir en materia prioritaria la causa antidelictiva tanto en el Congreso como en los órganos del poder ejecutivo. Tanto la movilización del pasado 31 de mayo como el acto de entrega del plan de seguridad al Congreso han sido motivados desde los medios de comunicación con consignas como: cierre absoluto a la inmigración marginal, deportación de los indocumentados, desarme permanente en los barrios de comprobada peligrosidad, mayor presencia policial, reorganización militarizada para menores de alta peligrosidad, moderna y estricta ley del porte de armas, etc.

En esta revista hemos hecho desde hace años un seguimiento exhaustivo del problema de la inseguridad personal y la violencia urbana. Desde nuestros análisis estamos en total desacuerdo con las recomendaciones públicas hechas por esta organización, porque nos parece que generan una visión parcializada de las causas de la problemática que pretende atacar y sus correctivos. Más bien nos sentimos en sintonía con las consideraciones críticas que sobre la organización «Luces contra el hampa» y su campaña han hecho algunas personas tanto pública como privadamente. A continuación exponemos dos comentarios que consideramos señalan acertadamente las distorsiones y peligros que se contienen en los planes de las «Luces contra el hampa».

(N de la R)

LUCES DE LA CIUDAD

Laureano Márquez

A Pedro Martínez, por aquel hermoso viaje a la caverna de Platón.

En estas breves líneas, intentaremos explicar cómo uno, sin darse cuenta, puede convertirse en Adolfo Hitler con sólo encender las luces de su carro.

Pensadores europeos preocupados por el surgimiento de la violencia en el alma humana, han llegado a la conclusión de que el hombre es un «Mono enfermo». Somos capaces de elevar nuestro espíritu con la música, la ciencia, la poesía y la pintura; pero a la primera arrechera con nuestros semejantes nos transformamos como Hulk, el hombre increíble, y la enfermedad de la violencia aparece despertando el troglodita que llevamos en el alma desde la prehistoria, «cuando Adán era un polluelo, y el mundo andaba en pañales».

Recientemente, la campaña «Luces contra el Hampa» contó con el respaldo mayoritario de los habitantes de Caracas, razonablemente indignados por tanta inseguridad. Sin embargo, analicemos por un momento qué se pedía con esta protesta, una de las más violentas que hemos tenido, pese a su pacífica apariencia exterior. En primer lugar, deportación inmediata de todos los indocumentados; para deportarlos lógicamente hay que perseguirlos; pasemos por alto el detalle de que en esta persecución pueden morir dos o tres, luego de atrapados hay que recluirlos en algún «Centro Aglutinador» (Por no decir Campo de Concentración), para por fin mandarlos a sus respectivos países. Si mal no recuerdo, hay una palabra que resume procesos y sentimientos de este tipo: Xenofobia. Y en las naciones donde se ha encendido esta luz, no se ha vuelto a apagar hasta verle el sangrero a varios millones de personas.

Muy bien, ya salimos de la miseria extranjera. Ahora, ¿Qué hacemos con la nacional? La luminosa respuesta nos conduce a la militarización de los cerros. Históricamente los militares han demostrado ser profesionales entrenados en el arte de hacer la guerra, lo cual se traduce, a la hora de las chiquitas, en la eliminación del enemigo causándole la muerte (Por eso el detalle de las armas de fuego). Con esta modalidad de militarización se eliminará el hampa de manera radical, no sólo exterminando el hampón, sino el miserable entorno que lo genera. Pero como toda la población venezolana marcha hacia la miseria, unos más de prisa otros más lentamente, tarde o temprano todos seremos exterminados. ¿Quién sobrevivirá? Por supuesto, los encargados de la limpieza y los venezolanos que viven en el exterior, la mitad de los cuales serán llevados a los hornos crematorios, porque da la pequeña casualidad de que uno se vuelve extranjero cuando sale de su país, quedando a merced de los otros xenófobos que antes eran extranjeros en nuestro país y ahora se volvieron nacionales en el suyo, y nos odian a muerte. La otra mitad que sobrevivirá es la de los venezolanos corruptos, los que no roban relojes ni zapatos, sino bancos enteros, municipios enteros, naciones enteras, y frente a los cuales nadie ha encendido no digo una luz, ni siquiera un fósforo. Claro, no son sucios ni mal olientes, viven en mansiones y no en ranchos, pero son ellos los que le robaron a todos los hampones de barrio y a todos los hombres decentes de esta tierra, nada menos que el sueño de país, los caminos, la esperanza. Entonces... ¿De qué hampa estamos hablando?

Charles Chaplin hizo una película llamada «Luces de la Ciudad», en esa película, como en todas, exaltaba el amor y la concordia entre los seres humanos. Yo hoy apagaré mis luces por la vida, por el amor, por las soluciones solidarias e inteligentes, por el respeto a la dignidad del ser humano y por la paz. ¡Extranjero que pasas!... Si ves una luz apagada en medio de esta luminosa tiniebla, es para recordarte que Hitler, Franco y Mussolini no han muerto, viven en un rincón oscuro de nuestro corazón, esperando una luz que los ilumine.

LUCES QUE NO ILUMINAN

Ligia Bolívar

«MORAL Y LUCES son nuestras primeras necesidades», dijo alguna vez Simón Bolívar. Pero no parecen ser esas luces invocadas durante la protesta contra el hampa, el pasado 31 de mayo. Formo parte del 20% de la población caraqueña que no encendió luces ese día, porque creo que hay varios elementos de esa jornada que deberían llamarnos a una pausada reflexión, por aquello de que a veces es peor el remedio que la enfermedad.

Primero, en el recorrido de mi casa al trabajo hay unos diez kilómetros a lo largo de los cuales, el pasado 31 de mayo, me tocó ver y padecer —como siempre— la arbitrariedad de conductores que circulaban por el hombrillo, se comían semáforos, saltaban sobre islas y aceras, se paraban sobre el paso de peatones y lanzaban latas y papeles a la vía pública. Lo curioso del asunto es que todos los carros que protagonizaban estas arbitrariedades iban con las luces encendidas.

Este debería ser un dato llamativo para las autoridades y para quienes convocaron a esta protesta, pues no es posible aceptar como normal que un grupo de personas salgan a la calle a reclamar el cumplimiento de las leyes y a exigir «mano dura» contra, por ejemplo, menores que nunca terminaron la escuela, cuando esos mismos que protestan y que han tenido la educación y los recursos para comprarse un último modelo que ese día exhibían con todas sus luces, no son capaces de respetar las reglas más elementales de convivencia social. Exigir que se obligue a otros a respetar las leyes cuando uno mismo se coloca al margen de ellas, resulta simplemente hipócrita. Segundo, el ministro del Interior y la plana mayor del despacho salieron ese día a la calle con corbatas o pañuelos amarillos, uniéndose a la protesta. Lo que el ministro parece no haber terminado de entender es que una cosa es estar de Manduca a Ferrenquín y otra muy distinta es estar en Carmelitas. Allí se denuncia, se protesta, se exhorta, aquí se ejerce el poder, se diseñan estrategias, se ejecutan políticas.

La «solidaridad» del titular de Interiores con esta protesta es preocupante y, más que transmitir seguridad, proyecta un mensaje de debilidad, de ausencia de rumbo. Asusta ver a la cabeza del organismo rector en materia de seguridad sumarse a una protesta que reclama lo mismo, porque, a menos que hayan cambiado las reglas del juego, la protesta es un recurso de quienes no tienen poder, para llamar la atención de quienes sí lo tienen. Entonces, ¿de qué lado está el ministro? Que se defina: o está de lado de quienes tienen la responsabilidad de garantizar la seguridad de la ciudadanía o tira la toalla y se suma al grupo de los indefensos.

Tercero, la ausencia de rumbo en el despacho de Carmelitas en lo que a seguridad se refiere, quedó evidenciada por la reacción efectista de la única medida —por demás maniquea— anunciada inmediatamente después de la jornada de protesta: armar al ciudadano bueno para que se defienda del malo.

Aquí va una lista de ciudadanos buenos que hasta ahora han sido blanco de ataques y que deberán portar armas de ahora en adelante para defenderse de los malos; los niños y jóvenes que usen zapatos deportivos de marca; los taxistas y conductores de camionetas que cubren rutas en la noche: todos los estudiantes

que reciban clases nocturnas, los trabajadores de estaciones de servicio; todos los que vayan a un banco y hagan un retiro mayor de Bs. 50.000; los que tengan carros de lujo; los que tengan carros viejos pero apetecibles por sus repuestos; los que no tengan carro; los curas de barrios; los catequistas; los motorizados; los que suben al Avila; los que trabajan en farmacias (sólo los días de turno); los que van y vienen todos los días de la casa al trabajo por el Nuevo Circo; los que vayan a cenar a un restaurante; los mesoneros y demás empleados del mismo restaurante; los médicos, enfermeras, visitantes y pacientes de los hospitales; los que vayan al cine de 9; uno de los dos bandos (el ministro deberá decidir cuál) de las delegaciones asistentes a las reuniones del CDN de AD; el gerente del hotel donde se reúnan los antes mencionados; las abuelas que salgan a pasear a sus nietos menores de 3 años; los que se queden accidentados en la autopista Caracas-La Guaira a la altura del túnel de La Planicie; los ganaderos de Perijá (campesinos abstenerse, pues ya el ministro decidió que los buenos son los otros); los trabajadores de los medios de comunicación que cubren el turno nocturno; los gerentes, subgerentes y trabajadores bancarios; los habitantes del 23 de Enero que tengan apartamentos con ventanas; los bomberos y mi propia madre que a partir de ahora podrá salir tranquila con sus 76 años y su 38 en la cartera después de las 6 pm.

Cuarto, ya no queda caraqueño virgen en cuanto a ataques delictivos se refiere. A mi casa han entrado tres veces, dos de las incursiones fueron protagonizadas por menores y en la segunda los atraparon saliendo y tuve que intervenir para que un PM que le doblaba la estatura a un niño flaco y mugriento no le reventara la mano a punta de rolazos para quitarle un billete de Bs. 10 que el muy infeliz no logró quedarse en el bolsillo antes de ser capturado. Allí quedé convencida de que la única diferencia entre ellos era el tamaño y el uniforme. En lo demás eran idénticos, la misma procedencia socioeconómica, las mismas carencias, la misma ignorancia. Por ello dudo que la creación de establecimientos militarizados para menores infractores tenga algo que ver con las luces a las que se refería el Libertador, pues las primeras necesidades que las autoridades deben satisfacer, si genuinamente se quiere iluminar la vida de nuestros jóvenes, son las de educación, trabajo y buen ejemplo.

Quienes nos oponemos a las medidas anunciadas por el ministro y a las propuestas formuladas por Luces Contra el Hampa, no lo hacemos desde otro planeta. Vivimos aquí y padecemos los mismos efectos de la inseguridad. Pero, precisamente porque tenemos los pies en la tierra, sabemos que estas supuestas soluciones evolucionan rápidamente hacia formas cada vez más crueles de violencia. Allí están los casos de Medellín, Río, Bogotá. Lo que comenzó como un intento supuestamente bien intencionado para frenar la delincuencia, evolucionó hacia una ola de violencia aún mayor, con más frustración, caldo de cultivo ideal para los escuadrones de la muerte que tienen su propia lista de quiénes son buenos y quiénes son malos, y en base a esa lista han asesinado a menores, prostitutas e indigentes, y también a ministros, dirigentes políticos, sacerdotes y líderes comunitarios.

Lo que necesitamos son escuadrones de la vida. Luces que iluminen, no que encandilen dejándonos ciegos ante la realidad.